

EL COMERCIO

Periodico noticioso y defensor de los intereses del Departamento

Fundador: JUAN JOSÉ MENDOZA

Administrador: JOSÉ E. MARTÍNEZ

PERIÓDICO DE LA TARDE

Piriápolis

El miércoles 20 de Marzo á las 5 y 55 de la tarde, la cañonera Suárez, que nos había conducido desde Montevideo, fondeó en la bahía conocida con el nombre de Puerto del Inglés.

El panorama que la vista descubría desde la cubierta del buque era de una belleza atrayente:—el Puerto del Inglés lo constituye una bahía limitada al Este por el Cerro del Inglés, que cae á pie sobre las guías, formando una barranca colosal; al Norte y al Oeste por una extensa playa que se prolonga tierra adentro en forma de una gran bolsa limitada al Este por el Cerro de los Toros, á continuación del Inglés; el Pan de Azúcar que cierra el fondo de valle, al Norte, y la Sierra de las Animas que limita el horizonte al Oeste.

Es en ese valle donde don Francisco Piriá ha fundado un establecimiento colosal, al que ha bautizado con su nombre,—rasgo de soberbia que no suena mal en aquel sitio, después que se ve la transformación operada por su esfuerzo y cuando la imaginación columbra el crecimiento y la importancia que aquello tendrá en el porvenir.

Era la hora del crepúsculo:—las gaviotas volaban del mar en grandes bandadas buscando el refugio de la costa y un águila la suscendía sobre nuestras cabezas nos conculca la a desde la altura, deslizándose horizontalmente en largos y pausados círculos por el espacio. El sol del horizonte coronaba las faldas de los cerros, y la sombra de la tierra observaba el fondo del valle; el mar se agitaba como un lago murmurando a lausamente en los grandes peñascos que forman la base del Cerro del Inglés ó tendía sus blancos encajes de espuma sobre la arena de la playa.

A bordo de la Suárez la marinería verificó las últimas maniobras de estilo preparando el buque para pasar la noche, y en el instantemismo en que el sol desapareció, fué arriada la bandera de la patria, cuyo descenso contemplamos con la cabeza descubierta, mientras sonaba el clarín y la tropa presentaba las armas.

Pocos momentos después se elevó sobre el Cerro del Inglés la luna llena, y el Pan de Azúcar y la Sierra de las Animas en vueltos en el blanco ropaje de su luz, poblaron de fantasmas su circuito. Cayó sobre la tierra el silencio de la noche, sólo interrumpido, para nosotros, por el golpe de la onda muerta al chocar en el costado del buque, á cuyo impulso quedose la Suárez balanceándose lenta y suavemente, sujeta al diente de hierro hundido en el fondo de la bahía.

A las siete y media de la mañana siguiente desembarcábamos en el magnífico muelle, no terminado aún, que por cuenta del señor Piriá construye don Bernardino Pons en aquel paraje.

No habiendo llegado el carruaje que debía conducirnos hasta Piriápolis, el General Pérez, que era el jefe de la comitiva, preguntó al señor Pons que cosas curiosas podíamos ver por allí entre tanto que el vehículo llegaba.

El señor Pons nos dijo con toda tranquilidad:—Mi hijo puede acompañarnos hasta la boca del volcán!

—El volcán!—dijo el general Pérez con asombro, igual sin duda al de todos nosotros, que en vano buscamos con la vista la mas leve señal de humo sobre la nítida línea que dibujaban los cerros sobre el azul profundo del cielo.

No pudimos dejar de aceptar la curiosa invitación, y guiados por el hijo del señor Pons, un espléndido tipo de belleza masculina,

tomamos el camino del volcán, cuya boca quedaba sobre el mar, en la falda del Cerro del Inglés, según nos dijo nuestro guía.

El camino, ancho al principio, corre próximo á la ribera del mar, bordado á entrambos lados de talas y espárragos enanos, mezclados con espinas de la cruz, tunas de raras formas y raquíuticos helechos.

Poco después se angosta hasta convertirse en senda estrecha, y termina, por último, en un asramiento de pedascos enormes entre cuyas grietas y huecos intermedios se revuelve el agua del mar poblada de innumerables cangrejos.

Era preciso caminar más de tres cuerdas aprovechando los escasos macedos que la tierra ha formado entre piedra y piedra ó saltar de una á otra pequeña superficie plana de los peñascos.

Y así fuimos durante veinte minutos teniendo el mar á nuestros pies y sobre nuestras cabezas, la falda escarpada del Cerro del Inglés, que se levanta lentamente en aquella parte, hasta una altura de 186 metros, es decir, una elevación una tercera parte mayor que la del Cerro de Montevideo.

Llegamos por último á la boca del volcán. Aquel sin duda ha sido teatro de una de esas grandes catástrofes geológicas que por varias veces cambiaron la faz de nuestro globo.

El aspecto del lugar es imponente:—las piedras enormes tienen las señales del fuego que las caldeó un día, y los grandes trozos de lava endurecida parecen espinas petrificadas.

El más pequeño pedazo de aquella lava ó la piedra más chica de aquel sitio pesan de un modo increíble.

¿Qué metal le da esa condición? ¿el hierro?...

Era preciso salir á la caverna que forma el extinguido cráter, para lo cual tuvimos que trepar con pies y manos por las piedras que le dan acceso, y una vez arribados encontramos en una gruta que podrá dar cabida á diez ó doce personas:—el aspecto interior es el de un gran horno extinguido, conservando las piedras las señales de un fuego elevado al rojo blanco.

Al fondo de la gruta está el agujero que puso al volcán en comunicación con el centro del planeta. Nos acercamos con cautela al borde del abismo y arrojamus una piedra que nos dio idea de su profundidad; cerca de un minuto después el eco nos devolvió el chapoteo de la piedra en el agua dormida.

Llenado el objeto de nuestra visita, se nos ocurrió consultar á nuestro guía sobre la posibilidad de subir hasta la cumbre del cerro, y habiéndonos asegurado que era fácil, resolvimos la ascensión y nos pusimos en marcha, siguiendo el camino por los riscos de la costa, para tomar la parte Sur de la montaña, pues por aquella del Oeste donde nos hallábamos, era de absoluta imposibilidad hacerlo por la extensa pendiente del terreno.

Hay en el trayecto de la costa algunos parajes realmente peligrosos—una pisada en falso ó en alguna piedra mal segura, una mirada al abismo que se abre á los pies del viandante para el que no sea fuerte de cabeza, cualquiera de estas cosas, puede ser ocasión de que el viajero se despeñe cayendo á sitios á los que es imposible llegar en terno y en los que es muy problemático que se pueda prestar socorro inmediato al que sufra una desgracia y tenga la suerte de conservar un resto de vida.

Llegamos al fin á pisar la tierra compacta y dirijimos la vista á la cumbre, pareciéndonos en efecto que su ascensión era muy fácil.

Hacia un cuarto de hora que caminábamos, cuando llegamos jadeantes á lo que nos pareció la cumbre, que resultó ser un desborde saliente del cerro; pero vimos una segunda cornisa, que era sin duda la altura que buscábamos.

Cinco veces sufrimos la misma decepción de creernos en la parte mas alta del cerro, y cinco veces nos burlaron aquellas rugosidades de granito, colocadas á manera de inmensos escalones en la pendiente falsa.

Los que de abajo nos parecían musgos pegados á la roca de la montaña resultaron, á medida que avanzábamos, árboles de frondosa vegetación—lo que constituye en la actualidad uno de los ramos más activos de explotación en Piriápolis.

Desde la cumbre del Cerro del Inglés la vista descubre un panorama bellísimo:—al Norte y al Oeste despuntan los lomos de las sierras y los picos de los cerros, semeando las ondas petrificadas de un mar dilatado; al Este se ve en primer término, el extenso arenal que forma la enseada del Portezuelo y más lejos la Punta de la Ballea, sobre una línea se destaca la elegante cúpula de la soberbia iglesia de Afaldado y más allá, entre las brumas del horizonte, aparece la isla de Gortiti y la columna blanca del faro de Punta del Este; al Sur, por último, el observador colocado á 670 pies de altura sobre el nivel del mar, percibe un horizonte de treinta millas sobre el majestuoso Río de la Plata, cuya apacible y grandiosa calma no nos hizo imaginar el poder de sus furias con que nos combatió en el día siguiente.

Desde la cumbre vimos llegar á la costa el carruaje que debia llevarnos á Piriápolis, y descendimos fácilmente por la falda Norte del cerro para trasladarnos á aquel paraje.

[Continuará]

La policía

en Inglaterra y en Francia

(Traducción del francés)

¿Cuál es el país que tiene la mejor policía? No se puede responder á esta pregunta antes de definir bien lo que se entiende por una buena policía. Para muchos, la policía ideal es la de Londres. Las obras de casi todos los escritores de los diversos países que se han ocupado de Inglaterra, pagan un tributo de admiración al *Policia Inglés*—el digno representante de un *pequeño libro*,—como le ha llamado Lewis Clavel, Garibaldi y el shah de Persia han alabado también á este funcionario, que el pueblo respeta sin temer y sin odiar, y el testimonio del shah es especialmente digno de mención, porque en sus apuntes de viaje por Europa en 1874, no tuvo una sola palabra que decir en favor de la policía francesa. Las alabanzas de este soberano, respecto á la policía de sir Edmund Headerson, llega á la exageración. Creemos, sin embargo, que S.M. no ha consignado la ob servación siguiente, con el fin de engañar á sus súbditos:

«El bastón del condestable está emblema delante del cual se inclinan todos los hombres.

El que le resiste es muerto inmediatamente.

Admitidos que el testimonio de los extranjeros sobre los méritos de las instituciones inglesas, tenga algún valor; pero no debe olvidarse que la mayoría de los que han escrito sobre Inglaterra han permanecido en ella como refugiados políticos; y

han alabado la policía mas bien por lo que hacía contra ellos que por lo que hacía en favor del público. Tal conspirador de continente que ha huido la justicia ó la injusticia de su propio país, y no ha encontrado ningún sitio donde reposar su cabeza en los países extranjeros, se queda encantado poniendo el pie en tierra inglesa al verse libre de toda vigilancia. No se le exige ningún pasaporte ni nada que pruebe su identidad. Puede alojarse donde quiera y con el nombre que mejor le plazca.

No se le obliga á inscribir su nombre en ningún registro, ni sus profesiones ni domicilios anteriores, como sucede en la libre Bélgica, ni tampoco está obligado á pedir una licencia de permanencia, como se hace en la no menos libre Suiza. Mientras no falta á las leyes, no tiene ningún contacto forzado con la policía, y está amparado por ella lo mismo que cualquier súbdito inglés. Puede abrir clubs políticos, unirse á demostraciones políticas y lanzar retos á los monarcas y los obispos. En la columna de Trafalgar Square puede arengar á la multitud. Puede desplegar al viento una bandera roja en las pasadas de Hyde-Park, fundar un periódico socialista en Solih y cubrir todos los muros de la capital de carteles explicando sus ideas, si tiene con que pagar estos gastos.

Si un extranjero cae en manos de la policía inglesa por alguna infracción de la ley común, se le trata con una equidad desconocida en otros países. No se trata de arruinarle confesiones haciéndole preguntas insidiosas. Al contrario, al contrario se le advierte para que no se vaya de la lengua y se perjudique. Se le conduce ante el magistrado de un tribunal público dentro de las 24 horas siguientes á su detención, y la policía no declara allí contra él mas que aquello de que está segura, y no lo que haya oído ni lo que puede suponer. Por último, cuando un extranjero sale de la prisión, puede continuar viviendo en Inglaterra lo mismo que antes, y no se ve bajo el peso de una orden de expulsión, como sucede en los demás países del continente.

Todo esto es sin duda admirable, pero esto es el resultado del sistema político y judicial inglés, y la policía no tiene ni el monopolio ni el mérito de ello.

Los agentes de la policía inglesa no son tiranos, porque la ley no les permite serlo. No se mezclan en las cuestiones de las personas que respetan las leyes porque los poderes que le han sido concedidos se circunscriben á una esfera muy reducida. Su deber es simplemente mantener el orden y conducir ante la justicia á los que infringen las leyes. Esto no quiere decir que en circunstancias excepcionales no se les permita obrar en virtud de una especie y detener á un hombre que no ha cometido ningún crimen.

No tiene derecho á mezclarse en los asuntos de los individuos, excepto si hay mandatos lanzados por los magistrados, cuando revia á intentar un proceso ante los tribunales de justicia. En los demás países, el hombre mas respetable puede ser intimado á probar á la policía que no es un criminal, y los tribunales pueden condenarle por *rebelión* si se resiste á un agente de policía que va á interrogarle, á reconvenirlo ó á importunarle sin mandato.

Diferencia tan radical no debe pasar desapercibida, porque reduce todas las comparaciones entre la policía inglesa y la del continente á esta sencilla cuestión: ¿la policía inglesa, como institución para descubrir los autores de crímenes y capturarlos cuando han huido, vale tanto como la de los países continentales, y en par-

preparado con Bismuto
por **Ch. FAY**, Perfumista
D. Tra de la Pata, 1875